

SPLATTERPUNK

Ignacio Fritz



© Splatterpunk
Sello: Tannhäuser
Primera edición, Octubre 2020
© Ignacio Fritz 2020

Edición General: Martin Muñoz Kaiser
Portada: José Canales
Corrección de textos: Eglé Vera
Diagramación: Martin Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 2020-A-7858
ISBN: 978-956-6021-43-8

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

ADVERTENCIA: Este libro puede afectar la sensibilidad de los lectores.

Splatterpunk es un género literario caracterizado por descripciones sangrientas.

Aquellos que no aprenden nada de los hechos desagradables de la vida fuerzan a la conciencia cósmica a que los reproduzca tantas veces como sea necesario para aprender lo que enseña el drama de lo sucedido. Lo que niegas te somete; lo que aceptas te transforma.

Carl Jung

LA SUERTE ESTÁ ECHADA

«Vives entre los restos de gente muerta»

Diane Venora, interpretando a Justine Hanna, en la película *Fuego contra fuego*, dirigida por Michael Mann.

I

A cabo y mi semen chorrea entre sus piernas; la puerta 21 se abre y veo a Mateo con Tabucco y el tal Basilio me apunta con una escopeta de cañón recortado y parece que va a dispararme.

No, no hicieron TOC-TOC.

No pidieron entrar.

Al «tal» Basilio hay que decirle «Tal» o, nada más, «Basilio». Antes, solo antes, le decía «tal Basilio», era como su *nom de guerre* o *war name*. Ahora, después de la cagada, ni chispa le diré «tal Basilio». Únicamente lo nombraré con su supuesto nombre de pila, que sería *Basilio*. Pero nunca de las dos maneras, ya que esto va de otra cosa. Puñetero, da un paso inseguro hacia adelante; la noche se puebla de fantasmas, de demonios insurrectos. Vivos, horribles. Sus piernas parecen de plasticina y bajo sus pies, el suelo de palmetas de fléxit es como el fuego puro de un edificio quemándose.

Damn it!

Las paredes dan una sensación de sofoco: es la antesa-
la de la Muerte.

—¡UNA MIERDA, TAL BASILIO! —expreso a viva voz y rompo el acuerdo conmigo mismo acerca de su mote. Hablo fuerte, golpeado. Ellos me miran con los ojos abiertos como platillos; están armados hasta los dientes, con la manifiesta intención de anularme, dejarme *offside*. Así lo creo. Poseen caras de pocos amigos.

Ellos desean cancelarme el contrato como un ariete de diatribas expuestas en una terapia psiquiátrica.

—Es un país libre, así que podemos interrumpir, socio —lanzó, efectivo, uno de los guardaespaldas, orangután de gruesa fisonomía y ojos pinzados por la droga. Es letal como las *shotgun* con las que se alardean ante sus estrípers expertas en *blowjobs* y *anal-sex*. Ellos tienen un PhD en esa cagada de alardear ante maracas de puticlub. Su tono es inexpresivo, desprovisto de emoción; no deja ver ningún pedazo de compasión, el muy matón de cuarta.

Dejar de vivir es solo anularse producto de una cesación, si lo tomamos bajo una perspectiva humana. O como planteaba Cicerón: «Toda vida filosófica es una *commentatio mortis*». A Basilio le decía «Tal» porque es boliviano, bajito, atezado, achaparrado como diría un mexicano y, como ellos, como los narcos mexicanos, hace sus chanchadas con cara de palo, como hoy mismo hace unas horas, en la mañana. Entonces lo veo aquí, plantado ante nosotros, y Blanca está rara, no habla, no sé qué es lo que le pasa, aunque es obvio: *la he violado y está catatónica*.

Quite so!

Un mexicano expresaría de acuerdo a la ocasión: «¡Chin!» (Interjección que expresa sorpresa o enfado), o «¡Asústame, calaverón!» («No me vengas a amedrentar»).

—A ojo de buen cubero, te culeaste a tu propia mina. —Sonríe para sí. Curiosamente usa un mexicanismo de antología cuando me ve, y su cara de póquer también es de antología—. ¡Qué chingada! ¡Estás mal del coco! —añadió. Curioso que un boliviano como Basilio hable como Zapata. Tiene un brillo de codicia en los ojos; el labio inferior adelantado, la pera alzada con desafío y bronca.

Luego, la suerte está echada.

II

ENTONCES TRANSGREDE LA DELGADA LÍNEA, CON INTIMIDACIÓN. Me dispara, pero hacia el lado, hacia una muralla, destrozando el tabique de masi-

lla, cemento o lo que sea de la habitación 21. Pedazos de muralla salpican como enormes orbs — nombre popular dado a anomalías visuales inesperadas que aparecen en fotografías y videos atribuidos a espectros— en el aire. Es como una miniexplosión, como en una estrategia de guerra, o como una eyaculación en miniatura perpetrada por un enano, tal vez un simpático Ewok; esos seres cafecitos y peluditos; peluches, Osos Amorosos para pendejitas vírgenes que utilizan el dedito... *So kinky!*

El sonido del disparo es como el descorche de una botella de champán, un Dom Pérignon de fiesta onerosa, de ricos, de gente como yo, GCU —Gente-Como-Uno—. La pared queda hecha un desastre con los perdigones, pero salgo ileso, ningún rasguño, como debe ser; ni siquiera una uña rota. Vuelvo a caer parado y no necesitaré una manicura.

Toda mi vida he caído parado, nunca me han «quebrado», a pesar de que mi psiquis está trastocada, con una teja corrida; algo chafado estoy, y en esto creo que la cocaína ha incidido en un cien por ciento.

Soy un adicto.

Un gil.

Un drogo.

Un yonqui.

Con pasado y sin futuro.

Soy un adicto.

Con tanta cocaína que me meto mi nariz está hecha un desastre, media estropeada, si hasta respirar me duele, y hace poco pasó lo que tenía que pasar, con chorros de sangre incluidos y muchísimos pañuelos desechables Dualette.

Mucha sangre ha circulado bajo mi propio puente.

Luego, la suerte está echada.

III

¿Qué pasó hace poco?

REWIND: *Me empieza a sangrar la nariz y me pongo a sudar frío y me duele el estómago y tengo ganas de vomitar. No quiero hacerlo, no me siento bien, pero Mateo insiste que*

debemos hacer lo que se debe hacer cuando los resultados no son buenos; y qué más, huevón, Tabuccho debe estar involucrado. Tú te la puedes, amigo, somos inseparables, y acuérdate, huevón, seamos duros como en las novelas de Raymond Chandler. Tenemos una Colt.

NOW: A mí no me vienen con huevadas, ya estoy viejito pa' que me caguen con una mexicana, menos que también me cague el marido de mi hermana, Mateo de los cielos, Dios te ampare; mi socio en estas lides de coquita al menudeo en mi restorán El Rincón de los Rebeldes de la ciudad de Santiago de Chile.

—Tengo miedo —interviene Blanca con fuerzas de flaqueza; un hilo inseguro de voz, un alarido de agonía, dominando apenas el sollozo que le oprime la garganta. ¡Oh, paradoja! Simultáneamente, su rostro se transforma en una retorcida máscara de terror porque está... *ahogándose.*

Alba y apetitosa como una oblea.

Ya no tiene una voz femenina con la peculiar entonación de las clases altas endogámicas, miembro de la aristocracia por nacimiento y... matrimonio.

Está ahogándose: *sin respirar.* Muda. Inerte como figura de museo de cera, sin dar un respiro en una «situación» que se salió de las manos. Estoy pasando la línea, mi padre no estaría orgulloso de mí, un abogado de universidad privada que violó a su propia chica, a la mujer con la que convivía desde fines de la década de los años noventa; cada hombre tiene un papel que cumplir y el mío, desde luego, es proveer de coca a todos los yonquis platudos del barrio alto de la capital, esta ciudad culeada fundada por el conquistador extremeño Pedro de Valdivia, el 12 de febrero de 1541. Pero no sé qué relación hay entre Blanca y proveer de coquita.

Sí, soy díler desde hace mucho.

Long time ago!

Pero si nos remontamos a la época universitaria, todo estaba medianamente equilibrado: los semestres en el estudio de la abogacía parecían augurar un futuro prometededor en una Universidad donde los profesores, de hu-

mita y correcto traje de tweed, onda Oxford, pechoños, católicos a ultranza —¿Opus Dei?—, hablaban maravillas de Santo Tomás de Aquino y de las virtudes cardinales y teologales (¿Fe, esperanza y caridad? ¿Agreguémosle la *castidad*?). Todo muy iluminado, incluso con una capilla para rezar y encomendarte a Dios para pasar las pruebas solemnes, orales; si callabas y no contestabas correctamente, un uno, el rojo a la cartola y la posibilidad de repetir un año, un año de cinco, retrasándote como un sujeto al que no le da la cabeza, el mate. Pero no podías repetir todo el tiempo: más de tres veces es motivo de expulsión.

Aquellos días eran los finales de una década: Augusto Pinochet Ugarte había decidido terminar su Dictadura por la vía honorable de un afamado plebiscito, el 5 de octubre de 1988, donde el país de los copihues rojos se dividió en el SÍ y el NO, así como divide a Chile la maldita cordillera de los Andes y el mar, o como escribió Eusebio Lillo en nuestro himno nacional: [...] *Puro, Chile, es tu cielo azulado, / puras brisas te cruzan también, / y tu campo de flores bordado / es la copia feliz del Edén. / Majestuosa es la blanca montaña / que te dio por baluarte el Señor, / que te dio por baluarte el Señor, / Y ese mar que tranquilo te baña / te promete futuro esplendor. / Y ese mar que tranquilo te baña / te promete futuro esplendor [...]*.

Los jales enredan las ideas.

Luego, la suerte está echada.

IV

«**Por la razón o la fuerza**»¹ o no me huevees. Siempre mi país culeado ha estado dividido. Es increíble como el tema de las clases sociales está tan arraigado y provoca segmentación, incluso físicamente: los morenitos son de barrio bajo y los rubiecos de barrio alto. Santiago cambia para el oriente, donde está la plata y, ¡cómo no!, mi *snack-bar* —de alta cocina chilena e internacional— de venta de coca para gente que busca sensaciones deprisa.

1 «Por la razón o la fuerza» es tanto la enseña del Escudo Nacional como el lema nacional de la República de Chile.

Pero ahora, justo ahora, me percató de que mi chica Blanca se ahoga con no sé qué cosa en la garganta y su cara es una máscara del terror.

—Chsst —grazno—. Silencio...

—Ohhh, Dios, quítate de encima. No puedo respirar... —demanda. Una chispa de resentimiento se asoma en su carita, delicada y pálida como un camafeo, pero era un resentimiento convertido en resignación. Sus ojos castaños, almendrados y límpidos tenían el brillo de una tristeza interior distante e inefable.

¿Lo habrá dicho?

—¿Eres tú o soy yo? —Enseñé los dientes afilados en una sonrisa.

¿Era ella o soy yo?

Una pared con perdigones y noto que mi semen, espeso y caliente, parece una viscosa clara de huevo, y de algún modo pienso que allí están los espermios liderando una carrera demencial para dejarla embarazada, con sus consiguientes «antojos» o lo que fuese cuando estuviera «en estado»; yo saliendo en mitad de una noche de tormenta para conseguirle rosquillas de batata —¿las hay?— y ella en el cálido hogar decorando la pieza para el bebé, con nubecitas y *teddy bears*, como corresponde a una mujer. O bien, como corresponde a las chicas con las que he salido desde que me dieron ganas de salir con mujeres; esas que tienen «algo más», que son algo más inteligentes que la media o que no son tan básicas, tan de cáscara, tan de pintarse la cara y bailar en una disco de moda con una estúpida canción sentimental, de aquellas del corazón, o con una movida como *Día Cero*, de La Ley, con Beto Cuevas en la voz: [...] *Personas extrañas hablan de quien fui / Pretenden darme calor sin que sepa nada / No hay necesidad ni siquiera de llorar por estar así / Mi amnesia me dice absolutamente nada más / Que esta sensación de ansiedad / En ese camino largo que un día me vio caminar / Quemé una biografía / Y soplé cenizas del ayer / No intenten enseñarme / Quien me quiso y a quien debo amar / Comienza el día cero / Y mañana su continuidad [...]*.

—Aghhh —boquea, sin respirar.

Ella...

¡ELLA!

Siempre linda, su cara alargada y angulosa (casi cubista) de labios delgados y cabellos rizados de color centeno. Aunque algún huevón de los que abundan diría que Blanca es «atractiva» solo para el ligue barato y no se daría la lata de describirla como ya lo he hecho. Este mundo está compuesto de los vivos y los chotos. Una con «v» corta y otra con «ch» larga. Y la «l» de ligue.

Pienso que a ella no se la he metido por ahora; solo acabé entre sus piernas, a pura mano, a la antigua. Como un adolescente pajero, como un viejo verde exhibicionista. De manera que los espermatozoides no están liderando una carrera demencial para llegar al solitario óvulo de Blanca que, dicho sea de paso, no creo que esté ovulando el día de hoy. Nooo. ¿Suena a machismo? Algo machista soy; desde luego, todo ha empeorado en este momento crucial en el que estoy encima de Blanca, violándola como un pervertido, como un loco de patio que no tiene remedio ni con el mejor psicotrópico.

De alguna manera sí estoy loco, pero paso piola, inadvertido. Nadie catcha, nadie se entera. Peor: *a nadie le interesa*. Usar esa palabra «loco» denota una sinceridad de la que no estoy acostumbrado, menos ahora que la sinceridad se ha transformado en un engaño, un artificio, como la mexicana de Tabucco, el jefe, el *Big boss*. Ver a mi socio, Mateo, al lado de los que perpetraron la mexicana, me deja absolutamente anonadado, medio *PLOP!* como lanzaría el pajarraco humanoide de Condorito en la tira cómica homónima. Por cierto, el tal Basilio lleva un sombrero negro flexible, pantalones naranja, una chaqueta de gamuza, zapatillas azules y gafas que se resbalan por el puente de su prominente nariz similar a la de ese pajarraco tan chileno, tan huevón: el Condorito de siempre, el de Pepo, el historietista.

Mucha empanada y vino tinto en este terruño. Lo que tampoco es malo si la empanada contiene pasas pa' la memoria.

Aunque ahora, lo que me gustaría es tener los cojones de un narco tipo... no sé.

¿Tony Montana?

TONY MONTANA:

—En este mundo solo tengo mis bolas y mi palabra, y no rompo ninguna de las dos por nadie.

Sí, estoy «loco».

Tony Montana es un personaje de ficción.

En ese caso mejor citar a Pablo Escobar Gaviria, ¿no? Gaviria fue *real*.

Solo un orate puede oír la voz de un personaje ficticio de película, memorable como ese Tony Montana, el cubano interpretado por el polifacético Al Pacino en la película de 1983, *Caracortada*, de Brian De Palma. (Conversa que he tenido con Escalona, un boxeador, en más de una ocasión.)

Solo Montana sale prácticamente ileso de esa mexicana luego de que masacraran a su socio en la tina del baño con una motosierra. Los de la mexicana se hacen los huevones con la merca en bolsas transparentes, como la coca que nos pasaron hoy estos giles, aunque el Polvo Mágico Boliviano de hoy es solo NutraSweet en polvo.

Y pasamos de Tony Montana a la NutraSweet y ahora pienso que no estamos en la paradisiaca ciudad de Miami —donde está hueveando mi amigo, el boxeador Escalona— y tampoco el asunto pinta tan mal ni es tan cuático, a pesar de que Basilio me apunta con una «lupara» italiana. Tiene gustos sofisticados el muy sacohuevas.

Mateo está con ellos, tal vez trae buenas noticias —¿por qué está con ellos si nos robaron?—, pero es una suposición errónea, ya que, como lo dije antes, fuimos víctimas de una mexicana, algo de lo más normal en los que están en el bisnes. *Business are business*.

Claro que igual ha sido raro pues ya habíamos hecho negocios con Basilio y los dos fisicoculturistas, oligofrénicos sin neuronas (supongo), por lo que su mexicana me parece rara, inadecuada y fuera de todo enfoque.

Lo anormal es que Mateo esté con ellos; habíamos llegado al Dulce Jueves y nos separamos en el *lobby*, luego

encontré a mi bienamada Blanca en la 21 y obviamente el jale me ha hecho de horrores, como la cara de Blanca después de mi eyaculación entre sus piernas o donde fuese.

Luego, la suerte está echada.

V

LO QUE AHORA VIENE A CONTINUACIÓN ES LO SIGUIENTE.

1. ¿Por qué violé a Blanca si Blanca es mi chica y ella acepta el sexo conmigo, consensuado, en lugares más privados, por cierto, como la gran alcoba de nuestro departamento?

2. ¿Por qué ella está en el Dulce Jueves, al que he venido a parar con Mateo luego de la mexicana de Basilio...?

3. ¿Qué hace Mateo con ellos, los que realizaron la mexicana?

La última pregunta suena fundamental, pero creo que ya la he contestado. Tampoco hay que ver tanto bajo el agua, o ver la botella vacía, o esas estúpidas pelotudeces de guía de autoayuda que Blanca retiene como si fueran frases de Platón, ese griego de temer.

Basilio trabaja para Tabucco, un narco también *de temer*, inescrupuloso y matón, cuchillero y de costumbres del mejor cuatrero de los Andes: es capaz de vender a su propia madre. *Nasty white trash*, le digo yo en rollo porno.

Un estertor me inmoviliza las cuerdas vocales, no puedo hablar. Quiero recular y no puedo; eso se paga con la vida en este bisnes.

Luego me niego a mirar porque Blanca regurgita un vómito como el agua absorbida de una alcantarilla o el borboteo de la grasa ardiente en la sartén.

¿Sucede algo?

¿Se está muriendo?

¿La estoy matando?

¿Se está ahogando con su propio vómito?

—¡Córrete! —Ya me corrí, *literal*— ¡Hazte a un lado, mierda! —exclama Mateo, se agacha y la levanta con una fuerza de Superman y realiza la Maniobra de Heimlich, procedimiento de primeros auxilios para desobstruir el

conducto respiratorio, normalmente bloqueado por un trozo de comida.

ENTONCES RECUERDO ALGO QUE LEÍ POR AHÍ. El doctor Henry Heimlich desarrolló en 1974 las compresiones abdominales contra el atragantamiento, conocidas como «Maniobra de Heimlich». En su momento hubo una polémica —¡Qué costumbre tan civilizada esta de hacer polémica por todo!—, ya que Heimlich afirmó que la maniobra de las palmadas era peor que la suya, pues podía hundir el objeto de atragantamiento más profundamente en la tráquea, agravando la obstrucción. La universidad de Yale persuadió en su momento a la Asociación Americana del Corazón para que dejara la técnica de las palmadas. También Heimlich promovió su técnica como un tratamiento para ahogados y ataques de asma. En definitiva, la única utilidad demostrada y aceptada de la maniobra de Heimlich es la de expulsar la obstrucción en atragantamientos. La Asociación Americana del Corazón recomienda la maniobra de Heimlich solo en casos de obstrucción grave de la vía aérea, por lo tanto no sé si lo que hace Mateo sea algo correcto, digno de aplauso, válido.

¡Bravo!

¡Alumno de siete! ¡Como en la Universidad! ¡Pelotudo!

¡Aplauso!

REWIND: *Conocí a Mateo en la Universidad. Una privada, como corresponde. Con Mateo estudiamos Derecho: somos licenciados en Ciencias Jurídicas y Sociales. Nuestros pasatiempos eran diversos, por ejemplo, ir en invierno al Colorado a esquiar, bailar en discotecas y conocer minas en algunos pubs de la calle Suecia. Lo de conocer anoréxicas (bulímicas, también) era una desilusión. Verdaderamente no hay principios. Bailábamos unas canciones, charlábamos huevadas, bebíamos margaritas, nos íbamos al auto a echarnos cocaína y al rato nos acompañaban a culear. Así de sencillo. Y al otro día, si te he visto no me acuerdo. Bueno: laissez faire, laissez passer, como decía un profe.*

Salimos de la Universidad y como a mí me carga andar con corbata (requisito indispensable para cualquier abogado que ejerce la profesión), mi viejo me compró el bar en el que ahora estoy. Mateo y yo lo ornamentamos al punto que nada tiene que envidiarles a los cafés que conocí en Buenos Aires hace siete años: fotografías en blanco y negro de futbolistas, un Wurlitzer, carteles de películas clásicas y otras no tan clásicas como Fargo, Subway, Bad Lieutenant y My Own Private Idaho, bebidas de todos los tipos, decorados sicodélicos de neón y un sinnúmero de huevadas que hacen de él un espacio esnob para matar la noche.

NOW: Pero la intención hace el monje, como digo yo. O: El mundo es mi ostra. Qué huevada. *The world is my oyster.*

Hay un momento en que me congelo, me doy cuenta de que tengo los pantalones abajo, esos Tommy Hilfiger, y los bóxer Calvin Klein (de cintillo fosforescente) abajo también. Petrificado estoy. Congelado. Creo que exhibo el glande enhiesto, saciado, a vista y paciencia de todos estos huevones malacatosos. Seguro que a uno de los fisiculturistas le gusta mi fallo; ojalá que no; soy *straight*. Siempre me he jactado de mi pene, veinticinco centímetros en plena erección —y acción— palpitante y tres de ancho: grueso como un plátano de país bananero.

A mí no me vengan con huevadas raras, menos ahora con eso de que Blanca se está ahogando luego de que acabara chorreándole mi bendito semen entre sus piernas y muslos. ¡Sus piernas gorditas producto de comer mucho zapallo! Son de lo mejor, depiladas y con perniles muy bien trabajados; ella suele ejercitarse en el gimnasio como demente. O como todos.

Un *gym* de Isidora Goyenechea, esa calle de barrio pijo.

Luego, la suerte está echada.

VI

PERO HAY ALGO QUE NO CUADRA EN LA ECUACIÓN. Logro retroceder en el tiempo, hace algunas horas, hoy en la mañana, una perfecta aurora de neón púrpura presta para la lluvia de la tarde. Reconozco que

ya lo he hecho, eso de retroceder, de cagarme de susto por la terrible violación que he realizado como el mojón de mierda que soy.

REWIND: — *Trae el maletín —gruñe Mateo.*

Me desplazo a la cocina hedionda a fritangas y pienso que los mozos no la han aseado desde la última vez que abrimos el bar. De un refrigerador industrial extraigo un maletín de cuero con billetes de diez lucas. Contiene exactamente diez millones. Pienso que hay un portafolios de por medio, al igual que en las películas de acción rascas. Ahora falta que el Volkswagen Polo explote cuando lo enciendan, o que llegue un grupito de carabineros del OS-7 a decirnos «alto, las manos sobre la cabeza», y que nos lean los derechos de la ley Miranda, aunque no rijan en Chile.

Hace una hora me llamó Blanca a mi teléfono celular iPhone. Vivimos juntos cerca del mall Alto Las Condes, en un pequeño departamento de trescientos veinte metros cuadrados en la Avenida Kennedy. Por supuesto, Blanca no sabe que me dedico a comprar y vender cocaína. Aunque debe sospecharlo. De hecho, me preguntó por qué estaba allí tan temprano. Le respondí que una de las cañerías del baño de las minas se había averiado, por lo que junto a Mateo estábamos esperando la llegada de un gáster que trabaja solo en la mañana, temprano. Espero que se lo haya tragado. Vuelvo con el maletín en una mano, y me parece que es de una marca conocida. Mateo se instala tras la barra. Le paso el maletín a uno de los orangutanes; lo deja en el mostrador y sin querer derrama el vasito de trago que estaba bebiendo mi amigo, mojando la barra de madera de palo de rosa.

— *Aquí está —dice Mateo—. ¿Ustedes?*

El tal Basilio nos dice que esperemos un momento porque tiene que ir al Volkswagen Polo. Lo esperamos durante unos minutos y mientras tanto los fisicoculturistas parecen estatuas de mármol: nada dicen y ni siquiera parpadean. En tanto, yo me planto frente al escaparate protegido con rejillas. Veo que el tal Basilio hace sonar la alarma del Volkswagen Polo y me preocupo. Miro mi reloj Omega Seamaster Planet Ocean y son las siete en punto. Blanca me llamó hace una hora, a las seis. El cielo está encapotado y creo que va a llover. Eso me gusta: mientras menos huevones haya, mejor me sentiré.

El tal Basilio carga un bolso Adidas. Escucho el bip-bip de la alarma. Ingresa nuevamente a nuestro local. Deja el bolso al lado del maletín, que Mateo abre para enseñar lo que hay. Retira un fajo y lo agita con una mano.

—Hay mucho más.

—¿Cuánto? —quiere saber uno de los fisicoculturistas. Su vozarrón es apestante, último.

—Diez millones —respondo.

Intercambiamos.

—¿Quieren algo? La casa invita —les ofrece Mateo, que tiene ya un talante agradable a pesar de la barba y las ojeras. Sus ojos verdes resplandecen con las flamantes luces halógenas del comedor.

—Dijimos que no —declara el tal Basilio

—Tabucco se toma un trago al final de cada transacción —digo.

—Tabucco lo hará. Nosotros no.

Mateo los despide en el pórtico y veo que suben al Volkswagen Polo y se marchan tocando la bocina y escuchando una canción de Dire Straits, creo que se llama Money For Nothing. Las luces traseras del auto se esfuman cuando doblan por una esquina con un semáforo en malas condiciones.

NOW: Algo fundamental para la perpetuación de la especie: espermio + óvulo. Así nacen las guaguas. El sexo es fundamental. Tony Montana dice que la vida es solo comer, follar y trabajar o algo así.

No sé por qué quedo tan pegado luego del orgasmo producto de la violación a mi propia chica, y no sé si...

Luego, la suerte está echada.

VI

OTRA VEZ, PIENSO: Éramos dos hombres —Mateo y yo— en busca del grial moderno y sospechoso. Con el curso del día en esta tarde de perros nos hemos encontrado con la realidad detrás de la vida, la muerte, el tiempo y todas esas grandes huevadas de análisis tipo Aristóteles.

El perfil de Tabucco es de chulo a buen traer o algo similar. Usa una camisa hawaiana de manga corta y unos pantalones Dockers de anchas perneras, aparte de im-

pajaritables botas del Oeste de cuero de cocodrilo y un sombrero de *ranger* de Texas; prendas de lino a pesar del frío invernal y la lluvia de hoy, maldito calabobos que te pillan con los pantalones en las rodillas. El pronóstico del tiempo era de una temperatura algo baja. Verlo me hace tiritar de frío.

—¿Violaste a tu propia mujer? ¿Y ahora que se estaba ahogando es tu fiel escudero Mateo el que la salva de una muerte inminente por asfixia? —escupe el tal Basilio, con una cara intimidante. Ya no habla como mexicano. Curioso.

Su expresión se suaviza de un segundo a otro y la aceptación aparece en su rostro. Se encoge de hombros, como si nada. Todo cambia. Todo se transforma.

—Si no cierras el pico, te levanto la tapa de los sesos. Prueba a ver como no bromeo. ¡Hablo en serio! —Pero me acuerdo de que no tengo una *fuckin'* arma de protección. ¡Putas que soy imbécil!

REWIND:

—Llevaban armas —señalo.

—Uy, qué miedo. Puta, y qué. —Desenfunda una pistola Colt Python que lleva en un cinturón gris que rodea sus axilas: una sobaquera como las que usan los detectives tipo Philip Marlowe. La examina como si le coqueteara —. Una colpaiton tres punto cincuenta y siete.

—No sé nada de armas —digo.

Y cuando hablo de ello me acuerdo del caso de una vieja cuyo nombre no retengo en mi memoria, pero que era viuda del que inventó los Winchester. Estaba obsesionada con los supuestos espíritus de los caídos por causa del famoso rifle y pensaba que estos le ordenaban que siguiera construyendo su casa hasta terminar con su fortuna. Para mala cueva de la vieja, su caudal aumentaba día a día. Sus rifles eran muy demandados durante la Guerra de Secesión y, años después, en la Primera Guerra Mundial. La vieja dejó una peculiar mansión: escaleras que iban al techo, puertas falsas habilitadas en murallas, ventanales con figuras de telarañas, corredores que partían de un lugar y volvían al mismo, entre otras huevadas carentes de funcionalidad.

NOW: Sin un arma de protección, a merced de estos gilipollas, y recién tuve un orgasmo de proporciones magníficas, mayúsculo como el Empire State Building.

Estoy pa'dentro. Me percato de que por primera vez en mi vida casi me hago pis. Pichí. Hay que tener bolas para estar sobre la lava candente de este negocio de locos, considerando que no suelen haber tratos limpios en las transacciones de coquita y dinero, dinero y coquita; peor si le agregamos el hecho de consumir como yonqui hambreado, como *nigga* zarrapastroso de Brooklyn.

Aunque la adicción y la mala pinta sucede hasta en las mejores familias.

—¡NOOOO! ¡ME ENGAÑAN! —grito, desaforado. No estoy en mis cabales, en mis plenas facultades mentales, esas que me permitieron titularme de abogado junto a mi yunta Mateo, ambos orgullosos de nuestras vidas, de nuestras capacidades, de lo imprescindible que somos para la sociedad a pesar de que no somos trigo limpio.

Mi mente está entumecida, congelada; no acepto la realidad. Mateo, ¿cómo pudiste? ¿Por qué me cagaste con estos huevas?

La escopeta de cañón recortado está a un tris de funcionar otra vez y enviarme al cementerio, al patio de los callados en Avenida La Paz. Ojalá que sea el Cementerio General, claro. Mi favorito, lejos.

De niño visitaba los camposantos de bellos mausoleos y el tierral de los sepultados y anónimos, aquellos que tal vez, en su vida, nada tuvieron que ver con mi estilo de vida, con la sensación de pertenencia en esta «societas» (en latín), con cooperación y comunicación y la chorrada del bien común. Sí. Sí. Sí. Efectivamente, siempre se dice que el hombre terminará ayudando a sus iguales, entablado en esa idiotez que se define como la «cultūra» (en latín otra vez). Al fin todo no es más que info, nada más que información que se transmite de un lado a otro gracias a algo tan básico como los «Factores de la comunicación»: Emisor / Mensaje / Receptor / Código / Canal / Contexto.

¡Eureka!

El que estoy viviendo ahora es un momento difícil de describir, pero creo que la Muerte siempre me ha gustado, conceptual y práctica como idea. La cocaína ya está en mi sangre y Blanca está, ¿cómo plantearlo?, ahogada en una habitación de hotel parejero, el Dulce Jueves de calle Libertad, pleno centro. Todo parece como si estuviéramos sofocados en una cámara mortuoria en Egipto. Anulados. *Cancelled!*

El ¡NO! podría resumir mi vida hasta ese momento difícil de describir. Difícil de describir pues mi cabeza anda mal con tanta coca que he consumido y con la estafa que Basilio nos hizo a mí y a Mateo, aunque no tengo idea qué hace Mateo con ellos.

Luego, la suerte está echada.

VII

UN MOMENTO. ¿Por qué está Mateo junto a Basilio? ¿Y, para más remate, con el cuchillero de Tabucco? ¿Y Mateo trata de salvar a mi Blanca?

Tabucco es de aquellos que suelen matar gente sin ningún remordimiento, solo porque hay que hacerlo pa'l bisnes. Un sujeto que más vale tenerlo de amigo que de enemigo. Ahora tengo conciencia de algunas cosas: tengo un intensísimo dolor de cabeza, un sabor ácido en la boca y no puedo mover mis extremidades; Mateo me echó a un lado tras portarse como un Superman, con la S en el pecho. Y Tabucco, ¿qué mierda...?

En este tiempo tan loco, ¿eres de los nuestros?, ¿este tiempo condenado en un Santiago lluvioso y con tanto automóvil cero kilómetro y tanto detenido desaparecido que aun no se reporta en las listas que hubo a partir de la transición a la democracia?

Me pregunto por qué diablos estoy preocupándome de los fallecidos y NN que hubo en la Dictadura del temible Pinochet o *Pinoshit*, como le dicen. El sujeto está más que muerto pero sus pelotudeces todavía rigen en el paisito de los contrastes. Yo no tengo nada que ver; de hecho, podría decirse que soy un «facho», un privilegiado de mierda con una vida secreta ligada al submundo de las drogas y los malos pasos.

No es que me sienta orgulloso, idiota no soy, pero hay que reconocer que la GCU vive en una habitación de cristal y no tiene la más puta idea de las profundidades; es por esto que ver a Tabucco y sus sayones me lleva a la sensación de ese Chile profundo del que nadie tiene idea hasta que se destapa la olla y queda la escoba y sale en la tele, en los diarios y en las revistas culeadas.

Este es un país abierto al sistema económico neoliberal que permite que haya huevones como yo que saben y se aprovechan de las lagunas del *System*, que hacen bisnes y que están hasta las masas con huevadas turbias y poco transparentes. Es por eso que Mateo no logra salvar a mi Blanca, mi chica, y ella ya es un cadáver de cara azulada producto de la asfixia o algo que no sé realmente qué es.

¿La habrá dejado morir en su nula transparencia?

Así que pregunto.

Preguntando se llega a Roma, reza el enunciado:

—¿Qué sucedió? —digo con una voz autoritaria.

¿Cuál era el verdadero móvil? ¿Qué se traman estos?

Los ojos verdosos de Mateo exhiben desafío en grados máximos, como que cree que me puede torear, ganármela. Yo, que soy su *daddy*. Su vieja, su bróder. De fondo, oigo la canción *Like A Fool*, de Robin Gibb, y todo parece cercano, tan cercano, con la sensación innata de que estás adentro, *inside*; que no te quedaste fuera de la repartija de torta, y empiezo a cavilar sobre los que realmente pagan el pato: son los que están pasando frío y hambre, los que no paran la olla y ni mil jales de coca intervenida o mil fumadas de pasta base los sacarán de su inmundia, pobre y triste realidad. Masas del lumpenproletariado que carecen de ética porque nadie les enseñó ninguna huevada... Y yo hablando de ética, como si la tuviera: yo, el muy huevón. ¿Pa' qué me meto en complejidades de sociólogo de sillón? ¿Estoy en la punta de la pirámide de Maslow?

—Ella vino pa'acá, tu Blanca —comenzó a decir, y miró su reloj con desdén, como si tuviera poco tiempo, lo cual era cierto.

O sea, más o menos cierto.

Blanca está azul, con el semen en su ropa y..., claro, yo estoy frito: *feminicidio*.

Violencia de género.

Estamos en una sociedad masculinizada, claro. Es posible que ahora esté frito, nadie me sacará de la peni, de la cárcel, de la cana.

Seré la perra de algún convicto.

REWIND: *Con Blanca pensamos adoptar un cabro chico. Lo llamaremos Paul, en honor a un hermano de ella que falleció en un accidente carretero, cerca de Cauquenes, en 1996. Gran año. Sucedió por negligencia del conductor, un amigo del finado. Paul, por lo que me han contado, diez minutos antes de la caída se cambió del puesto trasero y se sentó en el del copiloto y no se abrochó el cinturón de seguridad. Hablamos de que era tarde, dos o tres de la madrugada, por lo que el conductor estaba con sueño y cuando iban por la carretera, se quedó dormido y chocaron contra un camión aparcado en la berma. El resultado: el triste fallecimiento del hermano de mi novia y la nariz rota del conductor. Por respeto al difunto, los padres de mi novia no le entablaron una demanda al chofer. Yo lo hubiera jodido en los tribunales.*

Adoptar a un pendejo es una responsabilidad de la que no me creo capaz. A ese respecto tengo prejuicios que a Blanca le molestan. Es sensible y no me gusta discutirle porque estoy enamorado de ella. Próximamente nos casaremos y tendremos nuestros propios hijos. Compraremos cunas y peluches. Sal-dremos a trotar con ellos. Les enseñaremos lo que preconizaba Juvenal: mens sana in corpore sano. Otra frase copiada de mi profe.

NOW: De esta no me salvo, por gil. Pasé el límite, me fui al chanco. Era obvio, ningún drogadicto va misa los domingos ni tiene la posibilidad de criar a un bebé. Manifestaciones de una vida común, masificada, en la que no te sales del patrón, ni menos de madres.

Me he desmadrado, violé a mi chica; ella iba a ser la madre de mis hijos. Ahora está muerta, aunque yo no la ahorqué: ella comenzó a asfixiarse y ellos aparecieron con la escopeta de cañón recortado y luego Mateo le efectuó esa *fuckin'* maniobra para el...

¿Ahogo?

Luego, la suerte está echada.

VIII

LA PREGUNTA QUE VIENE A CONTINUACIÓN ES. ¿Por qué se ahogaba? ¿Se ahogaba debido a un trozo de comida? No, claro. ¡Cómo tan huevón! Era otra cosa, seguro que aquí hay gato encerrado.

[...]

— Tabucco le proporcionaba drogas a tu chica. A Blanca Undurraga le gustaban las drogas duras, las que se inyectan. Siempre venía a esta habitación de este hotel de puteros y se inyectaba sola, echada en una colcha.

¿Se percataron? La finada Undurraga tiene (o tenía) apellido vinoso.

— Una de las pocas clientes con gustos sofisticados — tertia Basilio, indiferente, más piola.

Quedo ¡PLOP!

Incorporado, pregunto:

— ¿Se murió por una sobredosis de metanfetaminas?

...*En efecto, provoca euforia, irregularidad cardiaca, convulsiones y paranoia; a largo plazo, adicción extrema, derrames cerebrales y la sensación de insectos debajo de la piel...*

— Algo parecido — dice Mateo y palpa la yugular de ella y nada: su corazón ya no bombea y posee la catadura azulgris, los ojos abiertos y un rictus cadavérico—. Cuando te decía que iba a ese *gym*, venía pa' cá, y yo sabía esta huevá. ¿Crees que lo hice feliz? — Ahora tiene un tono entrecortado, mientras una lágrima surca su barba de mediodía, que ensombrece su faz. Y aún añade, tras una breve pausa—. No quise hacerlo, involucrarme, pero tú no sabes, no tienes idea. Sé lo que es ser un puto adicto... Estuve adentro de eso. No te puedes imaginar. ¡¡¡No tienes idea!!!

En sus venas ya no hay vida.

Adiós, vida normal.

Adiós, bebés.

— ¿...no la maté yo? — manifiesto con alivio.

Un alivio de cobardes.

Último.

REWIND: *Respecto a lo primero, no meto las manos al fuego en mi caso. He sido como Polícrates de Samos: desafío a los dioses para probar mi buena fortuna.*

NOW: *Último.*

¿No...?

¿En qué pedazo de mierda me he convertido? ¿No me causa tristeza, una honda tristeza que Blanca esté convertida en un despojo cuyo destino será pudrirse en un féretro del Cementerio General de avenida La Paz?

—Entonces no tengo nada que ver con esto. Solo tuve sexo con ella, pero al momento de tener sexo estaba ocurriendo la sobredosis, ¿no?

—Así es... Una duda razonable —añade Mateo. Vuelve a recorrer la 21, con los ojos fijos en el suelo, cubierto de chicles pegados, trozos de diario y colillas y botellas de pisco vacías, sin una gota.

Los demás están callados.

Ni pío.

La nuestra es una conversa «elevada» entre colegas.

Luego, la suerte está echada.

IX

«**DUDA RAZONABLE**». Surge de la tradición jurídica anglosajona, por lo que resulta poco conocido y, bajo cierta interpretación, inaplicable en Chile, considerando su vinculación con el derecho europeo continental.

¿Lo imagino?

¿Es mi cabeza?

¿Mi mollera la que inventa toda esta huevada de jaleo?

Luego, la suerte está echada.

X

UN ENTERRAMIENTO. Ha sido mi propia autodestrucción, comenzada desde que perdí el norte, hace ya algunos años, que no han sido pocos, te digo.

Recuerdo ese memorable juramento de abogado, de acuerdo a lo que era o fui, diferente a lo que soy ahora.

—¿Por qué nos entregaron *nutrasuit* en vez de Polvo Mágico Boliviano? —Sí, NutraSweet. Un químico para dietas muy similar a la cocaína. Lo que podría ser azúcar flor, talco para bebés o harina.

Con una actitud capaz de agostar a un roble, Tabucco respondió, de una:

—Te engañamos porque Blanca nos debía mucha plata, realizar la mexicana era precisamente el cobro de lo que nos debía ella, tu mina. Sabíamos su relación contigo. No sabemos por qué diablos no sabías de que era una yonqui. Eso se sospecha, ¿eh? En algún momento Mateo dijo que pensaban... No sé... Tener guaguas, niñitos... Tal vez una mascota...

Estoy perplejo.

La cabeza me da vueltas como un carrusel, la voz se me corta o definitivamente ya no tengo cordura cuando Tabucco termina este entuerto de perros que solo se huelen la cola en una sincronía animaloide de descerebrados, de irracionalidad manifiesta, como moscas danzando sobre la mierda de un WC:

—Caín Domínguez Flores vendrá a buscarte en unos minutos pa' que te logris escapar porque el calor caerá por el cadáver de esta cabrita. ¡Será el poto del diablo! Un Chevrolet Testudo color crema estará a la salida del Dulce Jueves y tú solo déjate llevar por ese huevón estiloso... Déjate llevar como siempre, negrita, desde que consumes... Sí, imagínate a tu Blanca viniendo para acá: bailaba en el *lobby*, salvaje, suelta, al ritmo de *White Wedding*, de Billy Idol... Y se movía, sola, radiante, como una dama... La gran dama blanca, la gran maraca. ¡Coca de los dioses! ¡La coquita de Cashtoc y los Lizardmen!

Filo, no cacho.

Había que esperar. Termina al decir:

—Te mandaste una viola a lo Cacho Fuentealba, *man* —y ríe como enfermo del chape.

Luego, la suerte está echada.

XI

La suerte estaba echada, lo que en buen chileno significa que mi culo no se iba a salvar de esta. Debería pagar, si me tomaban preso, por mis delitos, aunque a Blanca nunca le hice nada, ni sabía que fue drogadicta, de aquellas que están perdidas en el limbo de la dependencia a las metanfetaminas u otros químicos.

Incluso yo mismo he sido víctima de —sonará a lugar común—, de mí mismo: consumir drogas no es más que escapar de la realidad.

Escape from reality!

Una realidad que, en síntesis, es de privilegio y dinero y comodidad. Una buena forma de inmolarsé sería llamar a la Policía de Investigaciones de Chile, pedir hablar con el inspector Ulises Garbelotti... He conversado con él: antes creí, en un punto, que debía reivindicarme con lo sucedido en El Rincón de los Rebeldes y sus noches de cocaína, veladas que eran de algún modo absurdas pues siempre ocurría lo inimaginable. De hecho, lo de Blanca cae en ese saco de situaciones imposibles, que cualquiera calificaría simplemente como inverosimilitud, un rollo de escritor chiflado:

Un abogado vendiendo coca al menudeo.

La verosimilitud es esa gran madre de la que todos quieren agarrarse, asirse, engraparse como si fuera un patrón, una guía de lo correcto, dejando huir a lo contrario. Lo incorrecto y lo correcto, cambiando el orden de los factores, no es nada más que lo estudiado por mí en la Universidad.

Siempre me he preguntado por qué el ser humano tiende a la buena voluntad solo en teoría, y que en cierto modo es una teoría que pocas veces se lleva a la práctica, en cuanto a que el hombre solo es un lobo para sí mismo, realizando lo que le conviene.

EL BIEN COMÚN ES LO MENOS COMÚN QUE EXISTE. ¿No es así? Si tuviéramos una bola mágica, y nos adentráramos como brujos a la abadía de lo que conviene y de lo que no conviene, iríamos en un carro blindado en que simplemente realizas lo que te conviene. Gracias a

ese Gran Ojo orwelliano, un prisma de lo que conviene y lo que no, haríamos lo necesario para que nadie salga herido en la bronca que provoca vivir y respirar en este mundo absurdo, hipócrita e individualista.

No hay redención que valga si la Muerte siempre ha estado presente, agazapada y funcionando cuando menos lo esperas.

Esta mañana me había llamado Blanca, le dije que estaba con Mateo en el bar, mi *trendy snack-bar* porque un gasfiter arreglaría el baño de mujeres, y ella no me dijo nada: se limitó a darme un beso en el aire de las ondas telefónicas y asunto concluido. Creí que la vería en la noche; haríamos el amor con extrema urgencia y tal vez ella quedaría embarazada de mí.

En algo útil terminarían mis espermios.

Cómo explicarles a estos enfermos mi obsesión por la Muerte que últimamente me persigue como parásito, como garrapata. No es miedo en absoluto, sino una suerte de tentación hacia *el abismo* que no me deja en paz. No hay presentimientos ni me agarrota ningún brujo, sencillamente no comprendo por qué la idea de la Muerte me acecha con tanta intensidad en forma de sueños, que se mete entre mis pensamientos en cuanto me descuido u abstraigo.

¿Cuántas veces he soñado en los últimos meses que mi familia muere en las más variadas circunstancias, desde muertes trágicas, irresistibles, hasta muertes dulces y beatíficas?

¿Cuántos a mi alrededor han fallecido y despierto con la sensación de horror clavada en el pecho, no por mí sino por ellos?

La Muerte siempre es igual, a veces está rodeada por sentimientos de ultratumba, inmortales, con cadáveres que devienen en polvo, y ahí *termina todo*. Sin contar todas las enfermedades del mundo. Con todo, la vida aparece inútil con la idea de la Muerte como firma final.

Solo recuerdo ese grafiti que decía con espray:

ESKIZOIDES

El azar elije quién ha de morir, de palmarla. Sin respiración. Solo se vive una vez (como dice una canción

huevo) y eres irremplazable, nadie te sustituye, nadie saca otro clavo, como dicen por ahí.

A reina muerta, reina puesta. Tantos huevones como Tabucco que se creen inmortales, y tal vez lo sean. ¿O no? Quién sabe si el sujeto tiene tratos con Cashtoc, aquel ente o demonio al que alguna vez Blanca deseaba rendirle culto, de acuerdo a un manual escrito por los Lizardmen. Pero eso es otra historia.

That's another story.

Supongo que ahora solo me resta esperar: la suerte está echada.

Como colofón, únicamente sé que tengo gente muerta a mi alrededor.

LA BALA DEL REVÓLVER

1.

El 11 de noviembre del año 2011 fue un día de claridad perfecta. El retén se divisó lejano entre unos silvestres naranjales de retorcidos troncos ya florecidos. Había una onda cálida, aire de horno. Adela Domínguez Iriarte se detuvo a media cuadra, soltó una bolsita del Jumbo en el asfalto y con un pañuelito bordado, secó el copioso sudor de su cuello y frente. El sol le daba en plena cara. Le dolía la espalda en demasía. No se trataba de una de esas señoras emperifolladas que lucen joyas, maquillaje excesivo y ropa de marca. Pero le preocupaban los efectos del sol. Se empasteló la faz con un poco de crema antisolar. Presa de una intranquilidad, se echó el tubo de crema semivacío en el bolsillo, pero luego se le ocurrió que lo mejor sería arrojarlo al monótono asfalto y olvidarse de él. Conservó el moquero en su temblorosa siniestra. Con la diestra, tomó nuevamente la bolsita del Jumbo. Enrollado como una bola, el pañuelo se había convertido en un trapo informe, empapado y sucio; hacía que le picara el canto de la mano. Aunque sus piernas adoloridas y amoratadas no podían más —padecía de várices—, Adela Domínguez Iriarte siguió caminando hasta la entrada del cuartel de carabineros.

—Llega temprano, doña Adelita —le dijo amablemente un carabinero que vigilaba en la misma terraza del retén, al lado de una garita de fierro. Se trataba de un policía rechoncho, bovino y de cabello oscuro, con una especie de corte de pelo de tazón. Pese a su sencilla apariencia, intentaba reflejar la formalidad y el aplomo de un guardia del palacio de Buckingham. Descansaba con disimulo, ora sobre un pie, ora sobre otro—. La ayudaría con las bolsas, pero no puedo dejar mi puesto —continuó—. Se ve que pesa su poco.

—Exagera. Se ve pesada no más —refutó ella con una voz lánguida y suave como las últimas vibraciones de un arpa—. No se preocupe. Les traigo panecitos con mortadela, como le gustan a usted.

Al sonreír, al carabinero se le veía la nariz aún más grande. Adela Domínguez Iriarte había perdido a su marido hacía solo un mes. El finado Sartoris Rausch estuvo casado con Adela desde hacía treinta años. Sartoris Rausch fue mayor de Carabineros de la 1ª Comisaría de Santiago de Chile. Falleció en un tiroteo que dejó un gran número de víctimas mortales (siete en total, de los cuales tres eran agentes de la policía y cuatro eran civiles).

Adela Domínguez Iriarte estaba hecha un manojo de nervios. El corazón le daba tumbos estrambóticos dentro del pecho. El carabinero que hacía guardia se daba cuenta.

—Los demás están preocupados por usted. Si es una abuelita —bromeó.

Respondió ella:

—Insolente —le dijo, fingiéndose la ofendida—. Todavía podría darte un cachuchazo con estas bolsas.

—No, pero en serio, doña Adela. Cuídese —dijo más serio.

Adela Domínguez Iriarte sonrió y se dirigió a un patio con motocicletas todoterreno, dispuestas como extraños caballitos de madera en un parque de atracciones. Una pareja de uniformados la saludó con un cálido, fugaz gesto: un guiño cómplice. Adela Domínguez Iriarte entró a una casa adecuada como fortín. La sala tenía aroma a cansancio y, sobre todo, a tabaco. Resueltamente, el cabo segundo Julián Espejo Cañas escribía a máquina con un cigarrillo turco —sin filtro— entre sus labios abullonados. Adela Domínguez Iriarte lo interrumpió con abundante temor. El cabo tenía los ojos pegados al papel que estaba embutido en el carro de goma de la máquina de escribir Olivetti Lettera 32. Escribía despacio, utilizando solamente el dedo índice. Las máquinas de escribir —pensaba Adela Domínguez Iriarte— son más bien masoquistas: reciben aporreos y golpes directos y ninguna ataca al hombre. Le parecía significativo que Julián Es-